INOCENCIA Y HONRADEZ,

JUGUETE EN UN ACTO, EN VERSO,

DE

FRANCISCO GARCIA VIVANCO.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1870.

INOCENCIA Y HONRADEZ.

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO GARCÍA VIVANCO,

ESTRENADO

con estraordinario éxito en la noche del 19 de Julio de 1867.



MADRID: 1870.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
calle del Factor, 14, bajo.

AL SR. BRIGADIER JEFE DE ESCUELA DE ARTILLERIA

DE LA ISLA DE CUBA,

DON VICTOR MARINA Y VENTURA.

MI QUERIDO BRIGADIER Y AMIGO:

Si mi primera obra ha de tener algun valor, será el que le dé el ir su nombre al frente de ella: admita usted, pues, esta dedicatoria, con lo que se considerará muy honrado

EL AUTOR.

PERSONAGES.

ISOLINA, (niña de siete años).
PILAR.
DOÑA DOROTEA
MANUEL.
FEDERICO.

ACTO UNICO.

El teatro representa una casa de una familia decente, pero desgraciada: habitacion empapelada, y en la que se debe notar la falta de muebles: sillas; una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

MANUEL, escribiendo; PILAR, sentada con un cesto de labor en la falda; ISOLINA, sentada en una silla pequeña al lado de Pilar.

ISOLINA. Por Dios, no te aflijas tanto
y no pierdas la esperanza,
que tras la fiera tormenta
suele suceder la calma.
Yo tambien desde muy niña
soy bastante desgraciada,
y sin embargo, contenta
vivo, mi querida hermana.
¿No sabes lo que nos dice
el catecismo Ripalda?
Que suframos con paciencia

los trabajos que Dios manda.
¿Pues qué, sufriera uno tanto
á no ser buena cristiana?

PILAR. (Sus palabras me hacen daño,
su acento infantil me mata.)

ISOLINA. (Levantándose.) ¿Y tú qué dices, Manuel?

MANUEL. ¿Qué quieres que diga? nada.

ISOLINA. Como te veo tan triste...

MANUEL. (Levantándose.) Quiera el cielo que esta carta
surta el efecto que espero:
el lance de esta mañana
me trae tan preocupado...

PILAR. ¿Y qué le dices á Mata?

MANUEL. Le digo... Pero mas vale
que tú misma... (Alargándole la carta.)

PILAR. No, me basta.

ISOLINA. Hay secretos... me retiro;
no quiero estorbar.

MANUEL. Bobada:
ven, acércate, hija mia,
y escúchame.

ISOLINA. Muchas gracias.

MANUEL. (Leyendo.) «Una imperiosa necesidad me obliga á molestarle: sin recursos, sin trabajo y sin tener ni aun que dar de comer á mi pobre hermana y á la desgraciada niña que vive con nosotros, ha llegado el dia en que la miseria se ha presentado á mis ojos con toda su horrible fealdad; y como si tanta desgracia no fuera bastante, hoy mis apuros han venido á aumentarse, pues el casero me obliga á dejar desalquilada la habitacion que ocupo, el dia de mañana, si antes de ese plazo no le satisfago un mes que le debo de alquileres.

En semejante situacion, á usted, mi único amigo, recurro en la confianza de que me facilitará algun dinero, el que con el producto de su trabajo le devolverá su desolado amigo.—*Manuel.*»

ISOLINA. (Con malicia.) ¿Y vas á echarla al correo?

MANUEL. ¿Por qué lo dices?

ISOLINA. Por nada.

MANUEL. No, cuando tú me preguntas
de fijo que...
ISOLINA. Cosa estraña;
habrás llegado á creer...
MANUEL. Yo no:
pero es cosa bien probada
que los niños y los viejos
dicen verdad á las claras,
y estoy seguro que ahora
te ocurre una idea; habla.
ISOLINA. Si te empeñas, hablaré;
pero has de darme palabra
de no reñirme, si acaso
soy indiscreta en mi charla.
PILAR. Habla, Isolina, sin miedo.
MANUEL. Te escucho.
ISOLINA. No seré larga:
y lo que voy á deciros
no es mio, es una fábula
que he aprendido de memoria
este mes en la enseñanza.
Perdido en la montaña
una noche de invierno,
un cazador se hallaba
de frio casi yerto;
caminando sin rumbo
por estrecho sendero,
dió al fin con una casa
donde su agreste dueño
pobre pastor del campo,
le recibió contento.
Allí pasó la noche
sentado junto al fuego,
del pastor los favores
gozoso recibiendo.
No bien de la mañana
apareció el lucero,
dejó aquella cabaña
mil ofertas haciendo

al pobre campesino,
de atenderle, tan luego
llegara á su palacio;
pues era el caballero,
un marqués, que gozaba
la fama de opulento.
A su puerta un mendigo,
despues de mucho tiempo,
humilde se acercaba
un socorro pidiendo.
—Señor—al marqués dijo:
si mal no lo recuerdo,
una noche llegásteis
á mi cabaña, muerto
de frio y de cansancio,
y os amparé al momento.
Y aparentando entonces
desconocer el hecho,
el marqués le responde:
—Pues yo no lo recuerdo.—
¡Que no siempre el que siembra beneficios,
halla pago en el mundo á sus servicios!

MANUEL. Dame un beso, y dos y cien:
tú mi desgracia consuelas.

PILAR. ¿Díme, y qué vamos á hacer
si es que acaso no le encuentras?

MANUEL. Dejar la carta, y mas tarde
volver á por la respuesta.

PILAR. ¿Y qué vá á ser de nosotros
si acaso Mata se niega?
Sin recursos, sin trabajo,
sumidos en la pobreza,
para colmo de desgracias
solo nos faltaba esta.
¡Encontrarnos en la calle!
Si al fin se compadeciera
y nos otorgára un plazo
para pagarle la deuda.
Vé á verle.

MANUEL. ¿A quién?
PILAR. Al casero.
MANUEL. ¡Sí, pues está buena fiera!
Parece que no le oiste
decir—sea lo que sea,
estoy dentro del derecho
que me asiste; á usted le queda
el de mudarse.—
ISOLINA. Dí, Pilar,
ahora caigo: ¿con que era
el señor de esta mañana?...
PILAR. La causa de mi tristeza,
el que nos pone en la calle:
Dios presente no le tenga
al juzgarle, todo el daño
que hoy nos hace.
ISOLINA. Que así sea.
Tiene traza de casero.
Jesus; ¡qué cara tan fea!
si yo le viera de noche
de miedo no me durmiera.
MANUEL. Adios, Pilar, hasta luego: (Tomando el sombrero.)
quiera Dios que cuando vuelva
pueda contento decirte,
hermana, ya nada temas.
PILAR. Adios, hermano, mas tarde
yo tambien iré á la tienda
por labor.
ISOLINA. Traétela toda,
que por mucha que trajeras,
no haya miedo, entre las dos
la haremos.
PILAR. Bendita seas.
MANUEL. ¿Me das, Isolina, un beso? (La besa.)
Adios, pues. (Váse.)
PILAR. Que él te proteja.
ISOLINA. Hermana, te dejo sola,
vuelvo pronto. (Váse.)
PILAR. Cuando quieras.

ESCENA II.

PILAR, sola.

¡Pobre hermano! solo él
tal desventura soporta.
¡Quién le hubiera de decir
cuando rico en Barcelona,
á los pobres socorria,
que en no muy lejana época
iba á verse precisado
á pedir casi limosna!
¡Si yo pudiera!... ¡Mas qué
puede una mujer y sola!
¡Ser pobre es tanta desgracia!
Si no lo fuese, á esta hora
á realizarse mi dicha
quizá estaria muy próxima.
¿No me ha dicho veinte veces
Federico que me adora,
y que diera sus riquezas
porque yo fuera su esposa?
Él es un noble, un marqués
que fama de rico goza:
yo una pobre costurera
sin mas caudal que mi honra.
Cuánto no tengo sufrido
al escuchar de su boca:
—Díme, Pilar, los obstáculos
que á mi deseo se opongan,
que para vencerlos todos
firmeza y valor me sobran.
¿Es, por ventura, tu madre
quien mis designios estorba?
Pues dímelo, y presuroso
iré á hablarla sin demora.—
Y yo por no descubrirle
mi posici on angustiosa

me disculpaba diciendo :
—No es esa la causa, es otra
la que á nuestro amor se opone :
causa grande, poderosa ;
olvídame, Federico,
te lo suplico.—En buen hora,—
me contestó, y desde entonces
no le ví mas. Si una sola
vez le encontrára, ¡Dios mio !
sin miedo ya, sin zozobra,
le contaria mis penas,
y él su mano bienhechora
me tenderia, librándonos
de situacion tan penosa.

ESCENA III.

PILAR, ISOLINA, que sale corriendo.

ISOLINA. Hermana, hermana... ¡Otra vez!
¡siempre te encuentro llorando!
Eso es ya una pesadez:
sabes que estuve pensando
á mis solas, allá dentro
un medio...

PILAR. ¿De qué? Sepamos.

ISOLINA. Por uno solo que encuentro,
de seguro nos libramos
del pesar que te importuna.
Oyeme atenta, y despues
hacerme puedes alguna
observacion: el caso es
el siguiente. ¿No has leido
en algun libro cristiano,
que lo que no ha conseguido
la mas influyente mano,
lo ha podido conseguir
el niño con su inocencia?

PILAR. Y bien, ¿qué quieres decir?

ISOLINA. Que aunque falta de esperiencia,
cosa no estraña en mi edad,
creí... que... vamos, no puedo,
me dá el hablar cortedad.

PILAR. ¿Qué tienes?

ISOLINA. ¿Qué tengo? Miedo
de que me riñas.

PILAR. ¿Por qué?

ISOLINA. ¿Me juras?...

PILAR. ¿Qué he de jurar?

ISOLINA. No enfadarte si pequé
en tal proyecto al pensar.
Escúchame.

PILAR. Escucho atenta.

ISOLINA. Dime; si yo me acercára
al que hoy tu mal acrecenta,
llorando, y le suplicára
que un plazo nos concediera,
dentro del cual satisfecho
quedar el débito hubiera,
¿no se ablandára su pecho,
y pensando con mas calma
nos sacara del apuro?
Si no lo hace, te aseguro
que tiene de estuco el alma.

PILAR. Tu proceder fuera en vano
pues nada conseguirías.

ISOLINA. Yo estrecharía su mano.

PILAR. Despues te arrepentirías.

ISOLINA. ¿Es decir que desapruebas?...

PILAR. Aun tienes muy pocos años,
y sin embargo, ya llevas
sufridos mil desengaños.
No bien al mundo viniste,
á aquella que te dió el ser
¡triste suerte! no pudiste
ya jamás volver á ver.
Tu madre...

ISOLINA. ¡Madre adorada!

Por verla diera mi vida.

PILAR. A no ser por mí, abrasada
ó á cenizas reducida
hubieras quedado.

ISOLINA. Horror
me causa solo el pensar...
Dime, hermana, por favor,
¿no fué dado averiguar
á Manuel?...

PILAR. Nada, hija mia:
á la mañana siguiente
antes que rompiera el dia,
á Barcelona y su gente
dejamos, y con nosotros
á Madrid te condujimos.

ISOLINA. Es decir, que no tengo otros
parientes...

PILAR. Jamás supimos
quién puedan ser. A su lado
de otro modo ya estarías,
y de su amor y cuidado
único objeto serías.

ISOLINA. ¿Mas qué importa, si hallo en tí
el cariño de una madre?
¿Si al ver á Manuel, sentí
por él el amor de padre?

PILAR. ¿Qué hora será? (Cogiendo la mantilla.)

ISOLINA. Lo veré;
¿vas á salir? Son las dos.

PILAR. No tardo mucho en volver;
dame un beso.

ISOLINA. (Besándose.) Adios.

PILAR. Adios. (Váse.)

ESCENA IV.

ISOLINA, sola.

Se van, y sola me dejan:
gracias que no tengo miedo;
digo, sí; como viniera
ese maldito casero,
para correr á esconderme
me habia de faltar tiempo.
Porque al ver aquella cara
que no desmiente sus hechos,
es imposible, imposible,
no temblar. Vamos, yo creo
que bien pasára por moro
si se marchára á Marruecos.
¡Qué cara! de valde es cara.
Tiene trazas de usurero.
¿Es posible que no haya
para ese hombre un empeño
que de opinion variar
le haga?... (Pausa brevísima.) Ya casi siento
que no venga. Quiera el cielo
enviarle, porque entonces
aquí los dos lucharemos,
y triunfará el que triunfare.
Tal vez lo que no ha hecho
con sus súplicas Manuel,
yo con mis razonamientos
infantiles hacer pueda,
y al cabo logre mi objeto.
¡Madre mia! hoy mas que nunca
vivo está en mí tu recuerdo.
Ya que soy tan infeliz
que estar contigo no puedo,
ni gozar de tus caricias,
ni siquiera darte un beso,
donde quiera que te encuentres

allí te busco é impetro
de tu maternal cariño
que fuerza me dés y aliento,
para que alcance en favor
de Pilar, todo el sosiego
necesario... ¡Mas que escucho!...
(Llaman á la campanilla.)
Llaman á la puerta. ¡Cielos!
¿Si será él? A abrir corro.
(Sale y vuelve en seguida acompañada de Federico.)

ESCENA V.

ISOLINA, FEDERICO.

ISOLINA. Adelante. (Sorprendida.) Caballero...
(¿Quién será?... no le conozco.)
FEDERICO. No tengas miedo, hija mia.
ISOLINA. ¡Yo miedo!... Jamás le tuve.
(Estrañando que Federico toma una silla y se sienta.)
(¡Y se sienta!)
FEDERICO. Eres muy linda.
ISOLINA. Muchas gracias; no merezco
tanto favor.
FEDERICO. Es justicia.
ISOLINA. Sin embargo, yo no admito...
FEDERICO. (Tiene cara de muy lista.) (Pausa breve.)
ISOLINA. Puedo saber...
FEDERICO. Ya comprendo;
¿la causa de mi visita?
ISOLINA. Pues... (Si no se la pregunto...)
FEDERICO. (¡Cómo empezar!...) Dí, tu prima...
ISOLINA. Dispense usted, caballero,
yo no tengo...
FEDERICO. (¿Será tia?)
Es verdad; quiero decir...
vamos, acerca una silla
y te diré...
ISOLINA. (Sorprendida.) (¡Pues me gusta

su cortés galantería!)
¿Está usted acostumbrado
á tratar con señoritas?

FEDERICO. ¿Por qué lo dices?

ISOLINA. Por nada.
Mas yo entendido tenia
que su obligacion... (Indicando le acerque una silla.)

FEDERICO. (Acercándosela.) Perdona.

ISOLINA. No hay de qué: conque decia... (Sentándose.)

FEDERICO. Que por desgracia ó fortuna
hoy supe que aquí vivia
una mujer que es un ángel
con su hermano y una niña,
cuyos tres, de la desgracia
el yugo horrible sufrian.
Yo que conozco á Pilar
á quien considero digna
de mejor suerte, al momento
pensé amparar... y venia...

ISOLINA. ¿Será verdad?

FEDERICO. Te lo juro.
¿Tú inconveniente tendrías
en contarme...

ISOLINA. Yo ninguno:
por el contrario, alegría
me dá haberos conocido.

FEDERICO. Siéntate aquí, en mis rodillas
y cuéntame...

ISOLINA. Un beso antes.

FEDERICO. Con mucho gusto, hija mia. (Se le dá.)

ISOLINA. Para no ser muy molesta,
solo os haré una sucinta
relacion de los pesares
que acosan á esta familia
de dos meses á esta parte.
Pilar, para una modista
que llaman madan... no acierto
á pronunciarlo... cosía:
pero hace cuatro semanas

que se acabaron las prisas,
y no se dá una puntada.
Manuel, de una compañía
de seguros contra incendios
y administracion de fincas,
era escribiente; por ello
un corto sueldo tenia;
mas aconteció un desfalco
y se acabó la oficina.
(Federico dá muestras de disgusto.)
Aun hay mas...

FEDERICO. ¿Será posible?
Vamos, mi mente no atina...

ISOLINA. Esta mañana temprano
llaman á la campanilla,
y se presenta el casero,
para colmo de desdichas,
diciendo que ó se le paga,
ó de no, la casa limpia
hemos de dejar mañana.

FEDERICO. Eso es una tiranía.

ISOLINA. ¡Qué quiere usted! Los caseros
son tan tiranos hoy dia...

FEDERICO. Tienes razon; y Manuel
de tanta desgracia en vista,
¿qué hizo?

ISOLINA. Juzgó oportuno
escribir una cartita
á Mata, un antiguo amigo,
y fué á llevarla en seguida.

FEDERICO. (¡Oh, magnífico pretesto!)
Dí, ¿sabrás ser calladita?

ISOLINA. ¿De qué se trata? Sepamos.

FEDERICO. De una cosa bien sencilla.
Supongamos un momento
que Mata salido habia
al llegar Manuel; que vuelve,
que se encuentra la cartita,
y de compasion movido

corre á verle, y... ¿no adivinas?

ISOLINA. Sí, sí, lo comprendo todo.

FEDERICO. (Vale un caudal esta chica.)
¿Tú sabrás guardar silencio?

ISOLINA. No diré esta boca es mia.

FEDERICO. Cuenta que yo te protejo,
y que podrás ser muy rica. (Se levanta.)

ISOLINA. Yo por mí nada ambiciono.

FEDERICO. Le pondré cuatro letritas.

(Saca una cartera del bolsillo, y se le cae una tarjeta; él no lo nota.)

ISOLINA. Aquí tiene usted tinteró,
pluma de acero y falsilla.

FEDERICO. Gracias, no la necesito. (Se sienta á escribir.)

ISOLINA. Voy por lacre, y en seguida
vuelvo con él. (Madre mia,
perdóname si hice mal
en recibir la visita.) (Váse por la derecha, pausa.)

ESCENA VI.

FEDERICO solo.

Ahora comprendo por qué
ella su amor me negaba, (Se levanta.)
y por qué me suplicaba
que la olvidára; llegué
á tiempo por mi fortuna.
Al fin con este dinero
podrán pagar al casero
y libertarse de alguna
necesidad apremiante.
Antes la amé y hoy la adoro,
que semejante tesoro
bien se merece un amante
apasionado y sincero
que la dé riqueza y nombre,
y que, aunque al mundo le asombre,
la quiera cual yo la quiero.
Yo á mi madre la diré:

Ya que á tu hija perdiste,
la que encontrar no pudiste,
otra hija yo te daré;
que es pobre, mas siendo honrada
poco importa; su pureza
vale mas que mi riqueza
cien veces cuadruplicada.

ESCENA VII.

ISOLINA, FEDERICO.

ISOLINA. ¿Cómo, habeis ya concluido?
Tomad lacre.
FEDERICO. ¿Y para qué?
ISOLINA. Para que cerreis la carta.
FEDERICO. No hace falta así está bien.
Cuatro mil reales te dejo. (Acercándose á la mesa.)
ISOLINA. Poco abulta.
FEDERICO. Está en papel.
ISOLINA. ¿Para qué tanto dinero?
FEDERICO. Bah... bah... lo que es menester
es que tú guardes silencio.
ISOLINA. No haya miedo, que yo sé
lo que importa la reserva.
FEDERICO. Adios, hija. (Despidiéndose.)
ISOLINA. ¿Se vá usted?
FEDERICO. Sí, mas descuida, que pronto
vendré á veros otra vez.
Dame un beso y cuidadito. (La besa.)
Adios.
ISOLINA. Páselo usted bien.

ESCENA VIII.

ISOLINA sola.

Yo estoy loca de alegría,
de entusiasmo y de placer.

¡De pobres pasar á ricos!
(Reparando en la tarjeta.)
¡Calla! ¿Qué es esto? ¡Un papel! (Lo coje.)
No, pues es una tarjeta. (Leyendo.)
«Federico Albar, marqués
de Torres Altas, Preciados,
número cincuenta y tres.»
Caramba, ya no me estraña
que se pueda desprender
de suma tan respetable.
Pero es muy chocante á fé (Con intencion.)
que solo por compasion,
sin algun otro interés,
se empeñe en favorecernos.
Apostaba un alfiler
á que hay algo; de seguro:
pues yo lo averiguaré.
Si supiera que se trata...

ESCENA IX.

ISOLINA, PILAR.

PILAR. Gracias á Dios que llegué.
ISOLINA. Pilar, Pilar, tú no sabes... (Con alegría.)
vamos, si parece un sueño.
Escúchame, somos ricos,
tenemos mucho dinero.
(Pilar se quita la mantilla y se sienta.)
No bien hubiste salido
se presentó un caballero
que dice que te conoce.
PILAR. ¿A mí? no puede ser cierto.
ISOLINA. ¿Con que dudas? Pues no á fé;
ya sabes que yo no miento.
PILAR. Bien, prosigue.
ISOLINA. Me pregunta
si aquí vives; le contesto
la verdad; dice que sabe

todos tus padecimientos,
y que á evitarlos está
de cualquier modo resuelto.
El me sigue preguntando,
yo le sigo respondiendo,
y el lance de esta mañana
sin escrúpulos le cuento:
¿hice bien?

PILAR. Muy mal hiciste.

ISOLINA. Pues yo lo contrario creo.
¡Si vieras con qué atencion
me escuchaba!...

PILAR. (No sospecho
quién pueda ser.) Pero al fin...

ISOLINA. Presta atencion, te lo ruego;
le dije lo de la carta
que Manuel habia puesto
para su amigo; y entonces,
encargándome el secreto,
me dijo: pues supongamos
que yo soy Mata, que vengo
á aliviar vuestras desgracias,
y que os dejo este dinero:
y sacando una cartera
que era muy linda por cierto,
pidióme papel y pluma,
sentóse, le dí el tintero
y escrita dejó esta carta
(Se acerca á la mesa y coje la carta.)
con cuatro mil reales dentro.
(Pilar coje la carta y la lee.)

PILAR. ¿Y tú por qué lo aceptaste
sin saber quién era el dueño?

ISOLINA. Perdona; mas por fortuna,
no tardarás en saberlo.

PILAR. Cómo, ¿tu le preguntaste?

ISOLINA. ¿Preguntarle? No por cierto.
Mas en el suelo caida
dejó esta tarjeta; creo

que ha de ser suya.

PILAR. Veamos. (La lee y se sorprende.)
(¡Aquí Federico... cielos!...
¿Cómo ha podido saber?...)

ISOLINA. ¿Qué, le conoces? (Con ansiedad.)

PILAR. Sospecho
que sí.

ISOLINA. Y ahora, ¿qué dices?

PILAR. (En conjeturas me pierdo.)
Oye, Isolina, y no olvides
mis palabras.

ISOLINA. Obedezco.

PILAR. De semejante visita
no darás conocimiento
á Manuel, porque presumo
no le gustará; y respecto
de ese dinero, guardado
le tendré, hasta que encontremos
una ocasion oportuna
de devolverle á su dueño.

ISOLINA. ¿Estás loca? Pues y entonces,
¿cómo pagar al casero?

PILAR. ¿Tú que sabes, hija mia?
mi honor á todo prefiero.

ISOLINA. Perdóname si ligera
procedí. Tanto te quiero
que si acepté, fué pensando
que un bien te haria.

PILAR. Celebro
tu intencion; ¿mas no comprendes
que en ello se pone á riesgo
mi honradez? y eso jamás. (Pausa.)

ISOLINA. ¿Sabes, hermana, que tengo
necesidad?

PILAR. (¡Pobrecilla!)
Mira, dos reales y medio (Saca dinero.)
aun me quedan; iré al punto
á la tienda, y...

ISOLINA. No consiento,

hermana, que te molestes
(Mientras dice esto, coje un sombrerito y se lo pone)
por mi causa: ¡fuera bueno
que tú bajaras!... Yo misma
bajaré; no tengas miedo
que me tarde.

PILAR. Como quieras.

ISOLINA. Adios, al momento vuelvo.
(Toma el dinero y váse.)

ESCENA X.

PILAR, sola.

Cuando pensaba que ya
se habia de mí olvidado,
otra prueba mas: ¡Dios mio!
por mas que pienso, no alcanzo
á descubrir como pudo
llegar aquí. Yo no trato
á nadie que sea amigo
del marqués; y sin embargo,
no cabe duda ninguna
de que es él, pues el relato
de la niña y la tarjeta
lo están así demostrando.
Pero, si mal no recuerdo,
madama me ha preguntado
si conocia yo á un jóven
que esta mañana temprano
entró en su tienda á comprar
pañuelos para la mano,
el que con mucho interés
por mí estuvo preguntando.
Esto, unido á su visita,
lo esplica todo muy claro.
Por ella nuestras desgracias
habrá sabido: le alabo
su proceder; mas no obstante,

como puede haber obstáculo
y dudarse de mi honor,
yo su proteccion rechazo.
¿Qué le importa á uno ser pobre
con tal de que sea honrado?

ESCENA XI.

PILAR, MANUEL.

PILAR. (Al ver á Manuel, oculta la carta y la guarda en el bolsillo.)
(¡Aquí mi hermano!)
MANUAL. Pilar,
triste nueva vengo á darte:
pero ¿qué hacer? Dios lo quiere,
y no hay mas que resignarse.
PILAR. Es decir...
MANUEL. Que no tenemos
á nadie en el mundo, á nadie,
á quien volver nuestros ojos,
en este de llantos valle. (Se sienta.)
Oyeme, hermana, y verás
si es nuestra desgracia grande.
Llego á la casa de Mata,
llamo á la puerta, me abren,
y en la antesala me espero
hasta que ordena que pase.
Entro, y al verme se estraña,
me apresuro á saludarle,
le digo quién soy, y entonces
me responde... así, con aire
de indiferencia... ¡Si vieras!...
vamos, me dió tal coraje,
que á no ser por tí le dejo;
pero solo al acordarme
de lo mucho que padeces,
de todos nuestros pesares,
le supliqué me escuchára,
pero, hija, todo fué en valde.

Despues que hube concluido,
me dice. —Llega usted tarde,
amigo, mucho lo siento,
pero tres semanas hace
que pagué cinco mil duros
á Beltran el comerciante,
que le restaba de atrasos
por razon de almacenaje,
y estoy seguro no tengo
en mi caja dos mil reales
para pago de atenciones.—
Díme, Pilar, ¿puede darse
otro mayor desengaño?
Entonces salí á la calle
renegando de mi suerte,
y aquí me tienes.

PILAR. Infame
proceder con un amigo.
Mas le valiera acordarse
de cuando era en Barcelona
celador de carruajes.

MANUEL. Bien lo predijo la niña
su fabulilla al contarme.
Tan solo por tí lo siento,
y por ella, que es un ángel.

PILAR. (Dios mio, ¿qué debo hacer?
Esta carta era bastante...)

ESCENA XII.

DICHOS, ISOLINA.

ISOLINA. (Entra corriendo con una moneda de oro en la mano.)
Pilar, Manuel, mira, mira
lo que os traigo; ya tenemos
mucho más que suficiente
para pagar al casero.

MANUEL. ¡Cinco duros!

PILAR. ¿Cinco duros?

ISOLINA. Cabalitos.
MANUEL. No comprendo.
PILAR. Ni yo tampoco.
ISOLINA. Adivina,
ó en otro caso te ruego
que te declares vencida
si quieres todo saberlo.
¿Te dás por vencida?
PILAR. Sí.
ISOLINA. ¿Y tú, Manuel?
MANUEL. Te prometo
escucharte.
ISOLINA. Pues entonces
atencion, oigan el cuento.
Por que no me regañáras
volvia á casa corriendo,
y al atravesar la calle
con una cosa tropiezo;
bájome al punto y la cojo;
¿qué dirás que era?
PILAR. No acierto.
ISOLINA. Pues era un porta-monedas
con muchísimo dinero.
Al pronto me quedé atónita,
mas reflexionando luego,
dije: lo que debo hacer
es entregarle á su dueño.
Mas ¿cómo, si yo no sé
quién podrá ser? Cuando en esto
me dan un golpe en la espalda,
si vieras... ¡me dió tal miedo!...
y oigo una voz de mujer,
muy simpática, por cierto,
que me dice.—Dí, hija mia,
¿dónde te encontrastes eso?—
Respondíla:—aquí, señora;
¿será de usted?—Yo tal creo,
me replicó.—Pues entonces
tómele usted.—No, no quiero

admitirlo sin probarte
que me pertenece; dentro
debe tener diez monedas;
cuéntalas, yo te lo ruego.—
Contélas, y ví que habia
diez monedas en efecto.
Se lo devolví y entonces,
despues de darme dos besos,
me dijo.—Para tu madre
toma este obsequio pequeño.—
Entonces me eché á llorar,
pues semejante recuerdo
otro efecto no podia
obrar en aquel momento.
De mis lágrimas la causa
me preguntó; la contesto
la verdad, y entónces ella,
lanzando un suspiro al viento,
tambien lloró por su hija.
Preguntóme con empeño
las señas de nuestra casa;
díselas, me dió otro beso,
y se alejó: esta es la historia.
Ahora, ¿qué dices?

MANUEL. Que creo
que eres, mas bien que una niña,
un emisario del cielo.

ISOLINA. Con que anda, no te entretengas,
corre á pagar al casero.
¡Qué chasco se vá llevar!
Tan solo por él me alegro.
Dí, Pilar ¿no te parece
que este es un golpe soberbio?

PILAR. A no ser por tí, hija mia,
no sé que hubiéramos hecho.

(Manuel vá á salir, y se lo impiden doña Dorotea y Federico que entran.)

ESCENA XIII.

DICHOS, DOÑA DOROTEA y FEDERICO.

D.ª DOROTEA. Esta debe ser la casa.
MANUEL. Señora... (Saludando.)
FEDERICO. (Disimulemos.) (Al ver á Pilar.)
PILAR. (¡Federico!) (Sobresaltada.)
MANUEL. ¿En qué podemos?...
PILAR. (Yo no sé lo que me pasa.)
ISOLINA. ¿Qué es lo que miro? ¡Señora!
Manuel, Pilar, acercaros.
Tengo un gusto en presentaros
nuestra digna protectora.

(Todos se acercan y la saludan: la niña pasa al lado de Federico, y vuelve al de la señora cuando los versos lo indican.)

MANUEL. Sentáos. (Acercando una silla á doña Dorotea.)
ISOLINA. O me equivoco, (Aparte á Federico.)
ó es usted el caballero
que me dejó aquel dinero
para Pilar hace poco.
FEDERICO. Guarda silencio y tendrás (Idem.)
cuanto quieras.
ISOLINA. Convenido:
pero tenga usté entendido
que he de saber... (Con malicia.)
FEDERICO. Lo sabrás.

(La niña pasa al lado de doña Dorotea, y Pilar al de Federico.)

PILAR. (Todo lo sé.) (Aparte á Federico.)
FEDERICO. (No comprendo.) (Idem á Pilar.)
PILAR. (Y me alegro de encontraros,
tengo una cosa que daros;
tomad.) (Le devuelve su carta y el billete.)
FEDERICO. (Pilar, no os entiendo.)

(Pilar pasa al lado de doña Dorotea para no dar lugar á que la conteste Federico y dice á esta.)

PILAR. Pero haberos molestado
en subir tanta escalera...

D.ª DOROTEA. Es mi deber, Dios lo manda
premiar las acciones buenas.

ISOLINA. Él os lo pague, señora,
cuando esteis en su presencia.

D.ª DOROTEA. ¿Y sois muchos de familia?

MANUEL. No, señora: toda entera
aquí la teneis; mi hermana
y un servidor.

D.ª DOROTEA. Yo quisiera
saber de vuestras desgracias
el relato: ¿no lo apruebas,
hijo mio?

FEDERICO. Yo por mi parte...

PILAR. Marquesa... (Con intencion.)

D.ª DOROTEA. ¿Me conoceis por ventura?

PILAR. Alguna vez en la tienda
de madama Clementina
os he visto comprar telas.

D.ª DOROTEA. No recuerdo.

PILAR. Y os envidio
en verdad vuestra belleza,
vuestra posicion y nombre,
¿sereis feliz?

D.ª DOROTEA. ¿Hay quien pueda
decir que goza en el mundo
de felicidad completa?
No, hija mia; hace seis años...

MANUEL. ¿Seis años? ¡Terrible fecha!
ese es el tiempo preciso
que el yugo de la siniestra
suerte venimos sufriendo:
en aquellos tiempos era
en Barcelona mi casa
sin disputa la primera.

D.ª DOROTEA. ¿Erais comerciante?

MANUEL. Sí;
pero en el año cincuenta

y...

D.ª Dorotea. ¿Qué sucedió?

Manuel. Que el banquero
donde yo tenia puestas
sumas de grande importancia,
se vió arruinado, y en quiebra
se declaró.

D.ª Dorotea. ¡Qué desgracia!
y entonces...

Manuel. Cerré mi tienda
y me retiré.

D.ª Dorotea. Decidme:
¿recordais una ocurrencia (Afectada.)
tambien muy triste, un incendio
que ocurrió en aquella época?

Manuel. No tan solo lo recuerdo
sino que memoria eterna
tendré de él; ¿mas qué os sucede?

D.ª Dorotea. Nada, contadme.

Isolina. Se altera
vuestro semblante, temblais.

Federico. No es estraño, su cabeza
se trastorna al recordar
aquella terrible escena.

Pilar. ¿Quereis algo?

D.ª Dorotea. No, hija mia,
dejadle hablar, me interesa.

Isolina. ¿Será quizás ese incendio
del que tú me hablaste? (Á Pilar.)

Manuel. Eran
apenas las ocho dadas
cuando oigo tocar á fuego,
cuento doce campanadas,
me asomo al balcon y luego
veo una casa que ardia
de la nuestra no distante.

D.ª Dorotea. ¿Calle de la Platería?...
(Con interés y muy afectada.)

Manuel. Exacto: bajo al instante,

llego hasta allí, y al entrar
por un pasillo corrido,
á un niño siento llorar
con lastimero quejido,
corro á auxiliarle, le encuentro,
era una niña...

D.ª DOROTEA. ¡Dios mio!

MANUEL. Dentro de las llamas, dentro
se encontraba; mas con brío
de allí la saqué...

D.ª DOROTEA. Y despues... (Con ansiedad.)
¿Murió acaso?

MANUEL. No por cierto.

D.ª DOROTEA. ¿Dónde se encuentra?

MANUEL. Esta es.

(Manuel señala á Isolina, doña Dorotea quiere abrazarla y lo mismo Federico; Manuel y Pilar demuestran su asombro y la niña con precipitacion, sin dejar hablar á los demás personajes, dice.)

ISOLINA. Yo soy, señora, no he muerto:
¿mas qué me importa el vivir
sin gozar de las delicias
de mi madre, y sus caricias?
¡Si no he de verla, morir
preferiría!

(Federico se adelanta y abrazándola con efusion esclama.)

FEDERICO. Es temprano,
que aunque muriera tu padre,
te dá el corazon tu hermano.

D.ª DOROTEA. Y el suyo te abre tu madre.

(Doña Dorotea turbada por la alegría la abraza con efusion, lo mismo hace Federico; Manuel y Pilar se consultan como estrañando el suceso.)

ISOLINA. ¡Madre mia!

PILAR. ¿Será cierto?

D.ª DOROTEA. Tomad, tomad su retrato
que hace seis años le llevo
aquí en el pecho guardado.

ISOLINA. ¿Sabeis mi nombre?

D.ª DOROTEA. Isolina.
ISOLINA. Es verdad, así me llamo.
D.ª DOROTEA. ¿Y averiguar no pudisteis?...
MANUEL. Señora, todo fué en vano;
á la mañana siguiente
á Barcelona dejamos
y aunque repetidas veces
escribimos preguntando
si os conocian, fue inútil,
tan solo nos contestaron
que érais unos viajeros
que la noche del fracaso
por casualidad estaban
en Barcelona de paso.
D.ª DOROTEA. Semejante accion, no encuentro
dinero con que pagaros.
ISOLINA. ¿Con que eres rica? Me alegro
Dí, ¿me harás muchos regalos?
Yo con poco me contento.
Con que me lleves al Prado
y al coche de los borregos
me subas. ¡Cuesta dos cuartos!
Y me compres un abrigo
de esos de picos muy largos,
unas botas imperiales
y un abanico de sándalo,
ya estoy contenta.
D.ª DOROTEA. ¡Hija mia!
lo tendrás.
ISOLINA. ¡Cuánto te amo!
mas no quiero que por esto
te olvides de mis hermanos.
D.ª DOROTEA. Que pidan, que cuanto tenga
será suyo.
PILAR. Está pagado
con el amor que la niña
nos profesa.
FEDERICO. Me adelanto
á pediros recompensa.

Madre mia, aquí á mi lado
teneis la mujer que adoro,
la que durante seis años
hizo lo que vos hiciérais
por vuestra hija: su mano
es todo lo que ambiciono.

D.ª DOROTEA. ¿Qué decís? (Á Pilar.)

PILAR. Que fuera en vano
negar.

ISOLINA. Pues bien, concedido. (Con resolucion.)

D.ª DOROTEA. Tú lo has dicho. (Accediendo.)

ISOLINA. Trae la mano. (Á Federico.)
¿Y Manuel?...

D.ª DOROTEA. De mis haciendas
le nombraré apoderado,
y así vivirás contenta
conmigo y tus tres hermanos.

MANUEL. Señora...

D.ª DOROTEA. La Providencia
no abandona al desgraciado.

ISOLINA. Dame tu mano, Pilar. (Hace que se la dé á Federico.)
Dios os haga bien casados. (Imitando una bendicion.)
(Al público.)
De gozo mi alma rebosa,
loca de contento estoy,
pero, francamente, soy
á la verdad ambiciosa.
Solo me falta una cosa
y lo digo sin doblez,
ya que el cielo á mi niñez
hoy premió, aquí abrazadas
esperan vuestras palmadas,
LA INOCENCIA Y LA HONRADEZ.

FIN.

Examinada esta comedia, no encuentro inconveniente en que su representacion se autorice, suprimiendo dos versos y la moral de la fábula por desconsoladora.

Madrid, 17 de Julio de 1867.

EL CENSOR DE TEATROS,
Narciso S. Serra.

NOTA. Quedan hechas las supresiones indicadas por el señor Censor.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora:
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.

